

Antoni Castel

Cabo Verde

HISTORIA, IDENTIDAD Y CULTURA



CON LA EDICIÓN DE TÍTULOS COMO ESTE, CASA ÁFRICA, EN COLABORACIÓN CON LOS LIBROS DE LA CATARATA, SE MARCA COMO OBJETIVO CONTRIBUIR A UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA ACTUALIDAD DE LOS PAÍSES AFRICANOS ASÍ COMO DE SU HISTORIA RECIENTE Y LOS EFECTOS EN LAS SOCIEDADES CIVILES A TRAVÉS DE LOS ENSAYOS Y TEXTOS DE AUTORES AFRICANOS Y AFRICANISTAS. POR TANTO, ESTA COLECCIÓN ABORDA TEMÁTICAS RELACIONADAS CON EL DESARROLLO Y EL POTENCIAL DEL CONTINENTE DESDE UN PUNTO DE VISTA ALEJADO DE LOS ESTEREOTIPOS CON LOS QUE TRADICIONALMENTE SE HAN ABORDADO LAS REALIDADES AFRICANAS.



CASA ÁFRICA

DISEÑO DE CUBIERTA: MIKEL LASHERAS

© ANTONI CASTEL, 2020

© CASA ÁFRICA, 2020

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2020

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

CABO VERDE
HISTORIA, IDENTIDAD Y CULTURA

ISBN: 978-84-9097-955-6
DEPÓSITO LEGAL: M-7.699-2020
THEMA: NHH/1HDCV

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE. QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

*A Patricia C.
A José Carlos Sendín.*

ÍNDICE

PRÓLOGO, por José Segura Clavell 7

INTRODUCCIÓN 9

CAPÍTULO 1. EL DESCUBRIMIENTO 13

CAPÍTULO 2. UNA ECONOMÍA AMENAZADA 17

CAPÍTULO 3. *CLARIDADE Y CLARIDOSOS* 21

CAPÍTULO 4. LA INDEPENDENCIA 24

CAPÍTULO 5. LA HUELLA DE LA DICTADURA: TARRAFAL,
EL CAMPO DE LA MUERTE LENTA 29

CAPÍTULO 6. ISLAS DE BARLOVENTO 32

CAPÍTULO 7. ISLAS DE SOTAVENTO 41

CAPÍTULO 8. EL TRÁFICO DE ESCLAVOS	49
CAPÍTULO 9. EL LEGADO JUDÍO	56
CAPÍTULO 10. EL HAMBRE QUE MATA	58
CAPÍTULO 11. MIGRANTES	61
CAPÍTULO 12. LOS PILARES DE LA IDENTIDAD CABOVERDIANA	65
CAPÍTULO 13. LAS PERSONAS: LA LITERATURA	69
CAPÍTULO 14. LAS PERSONAS: LA <i>MORNA</i>	73
CAPÍTULO 15. LAS PERSONAS: LA POLÍTICA	76
CAPÍTULO 16. LOS PARTIDOS POLÍTICOS	81
CAPÍTULO 17. EL TURISMO A DEBATE	85
EPÍLOGO. 'PAÍS DE COOPERACIÓN AVANZADA' PARA ESPAÑA	88
CRONOLOGÍA	90
BIBLIOGRAFÍA	93

PRÓLOGO

Es para mí un placer presentar este texto dedicado al mágico archipiélago de Cabo Verde; un encargo de Casa África al profesor y apasionado africanista Antoni Castel. El resultado de la confluencia de su sabiduría y la atmósfera irreplicable de esas diez islas atlánticas es un ensayo fluido, ameno y cautivador que, sin dejar de ser riguroso, sobrepone a la rigidez academicista de la que adolecen algunos textos similares un aire amable, cercano y divulgativo.

El archipiélago de Cabo Verde es un conjunto de islas marcadas, entre otros factores, por la esclavitud, la influencia portuguesa y los mestizajes varios, al albur de las corrientes marinas y los vientos que las unen al mundo y también las separan de él. Parte de la Macaronesia, territorio en el que se hermanan con las españolas islas Canarias, es un lugar singular por su carácter isleño, encrucijada y atlántico, al que —como canario— me siento cercano y que a nosotros, también insulares, mestizos y atlánticos, nos resulta familiar.

Antoni Castel es capaz de tomar esos y muchos otros mimbres para componer un ensayo que reivindica las culturas expresadas por movimientos como Claridade o ritmos como la *morna*, las

independencias fraguadas en los corazones y los labios de líderes como Amílcar Cabral, los aportes de enriquecedoras migraciones en ambos sentidos o la sutileza de la lengua franca que se forjó entre sus montañas y calles, un criollo tan útil como poético.

No me queda más que agradecer a Antoni Castel su generosidad, su dedicación por lo africano y los conocimientos que nos ofrece; y desearle a usted, que ahora comienza este libro, que disfrute de este viaje que le ofrecemos, siempre deseosos de acercarle al continente africano y sus habitantes, y fomentar el conocimiento sobre las realidades de nuestros vecinos.

JOSÉ SEGURA CLAVELL
Director de Casa África

INTRODUCCIÓN

Cabo Verde sorprende al visitante y a quien se adentra en su historia, apasionante y compleja, y en su cultura, con expresiones que traspasan fronteras, como la *morna* y la *coladeira*. Al visitante le puede cautivar su diversidad, pues las nueve islas tienen personalidad propia, adquirida por la orografía, el poblamiento, las relaciones sociales, la migración y el contacto con el exterior, tan diferentes entre las islas. Una diversidad, no obstante, que se forja en el marco de una historia colonial común y como república independiente desde hace 45 años.

Sin renunciar a la africanidad, que es su esencia, Cabo Verde se impregna también de cultura europea y americana, para conformar una colonia de lo más plural en África. Los esclavos, procedentes en gran parte de las costas de Guinea, le aportarán sus cimientos sociales, y los caboverdianos, agradecidos, no esconden sus raíces africanas, sino que se enorgullecen de ellas. Lo africano está presente, en mayor o menor grado, en unas islas que fueron fundamentales para el tráfico de esclavos, una de las vergüenzas de la civilización. Pero tampoco renuncian al legado cultural de portugueses, judíos, italianos, y otros europeos, ni a

sus vínculos con América, estrechos con Estados Unidos a causa de las migraciones.

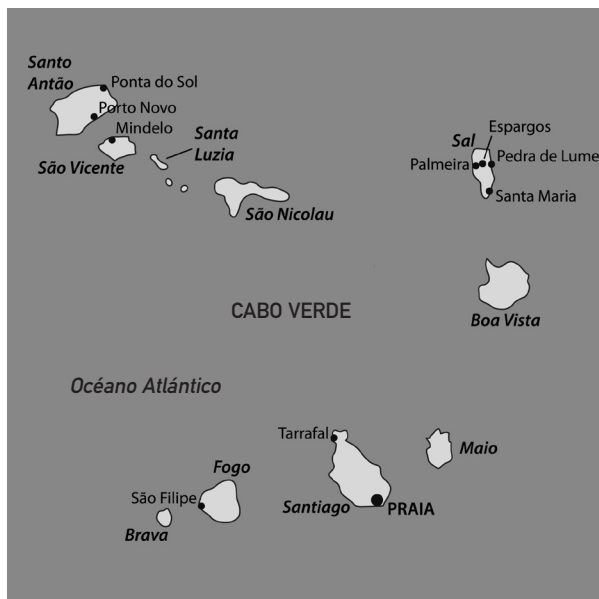
En ese archipiélago asediado por piratas, amenazado por las sequías pertinaces y diezmado en repetidas ocasiones por hambrunas, surge un movimiento cultural como el formado alrededor de la revista *Claridade*, que será determinante en el Portugal colonial africano. Es cierto que no discute la lusofonía ni la pertenencia a un imperio portugués que pretende abarcar del río Miño a Timor, pero los literatos valorizan lo criollo, antes denostado, y rechazan la fatalidad de que la única salida a unas islas condenadas por el abuso y el hambre sea la migración hacia Estados Unidos o Europa o el *contrato* para Santo Tomé y Príncipe.

Influidos sin duda por el despertar cultural de *Claridade* y las ideas emancipadoras de las que discuten con otros estudiantes de colonias africanas en Lisboa, unos jóvenes caboverdianos, entre los que destaca Amílcar Cabral, sientan las bases de un movimiento nacionalista que unirá su futuro al de Guinea-Bisáu. A pesar de que la metrópoli ha reservado un papel para Cabo Verde superior al de Angola, Mozambique, Santo Tomé y Príncipe y Guinea-Bisáu, porque no se aplica el Estatuto del Indigenato que denigra a los africanos, la intelectualidad rechaza la tutela colonial.

En el Partido Africano para la Independencia de Guinea-Bisáu y Cabo Verde (PAIGC), fundado por Cabral, convergen caboverdianos y guineanos que se enfrentan a un Estado Novo cerrado al diálogo, en un tiempo en que las potencias europeas, Francia y el Reino Unido, acceden a negociar las independencias. Cabo Verde no conocerá la guerra, limitada a los territorios de Guinea-Bisáu, Angola y Mozambique, pero sí la represión, que se manifiesta con toda su crudeza mediante el encarcelamiento de dirigentes nacionalistas en Tarrafal, "el campo de la muerte lenta".

La guerra colonial libera a los portugueses de la dictadura y abre las puertas a la emancipación de las cinco colonias africanas. Cabo Verde accede a la independencia en julio de 1975, bajo

la dirección política de un PAIGC que aspira a la construcción de una sociedad socialista, en un proyecto conjunto con Guinea-Bisáu.



Mapa actual del archipiélago de Cabo Verde, compuesto por diez islas. Fuente: Getty Images.

Abandonado el ideal unitario de Cabral, a causa del golpe de Estado en Guinea-Bisáu, Cabo Verde mantiene su modelo socialista, pero alejado de la ortodoxia. En la primera reválida a su gestión, en unas elecciones que se celebran después de la renuncia del Partido Africano de la Independencia de Cabo Verde (PAICV) a la hegemonía, sus principales dirigentes, Arístides Pereira y Pedro Pires, son derrotados.

Sin estridencias, el PAICV deja el poder. La alternancia política se hace realidad en un joven país que da una lección de respeto a la democracia en un continente en el que los dirigentes se aferran al poder pese a carecer de legitimidad.

La buena gestión, reconocida por la Fundación Mo Ibrahim, y la baja corrupción, según los datos de Transparencia Internacional,

confirman la singularidad de Cabo verde, que destaca también por sus libertades, sin restricciones a la prensa, de acuerdo con los informes de Reporteros sin Fronteras (RSF).

Aunque mira a Europa, por razones históricas y porque no puede obviar a una Unión Europea con la que mantiene sus principales flujos comerciales, no deja de ser africana, y se implica en el devenir de las organizaciones regionales, como la Comunidad Económica de Estados del África Occidental (CEDEAO) y la propia Unión Africana. Su diplomacia es respetada como mediadora en conflictos (Costa de Marfil, Liberia, Sierra Leona, Guinea-Bisáu) y defensora de una Unión Africana fuerte, capaz de gestionar sus propios problemas sin las habituales interferencias externas y caminar hacia la integración panafricana. A la vez, es un miembro activo de la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa (CPLP) y mantiene relaciones fluidas con los Países Africanos de Lengua Oficial Portuguesa (PALOP), con los que comparte lengua y un pasado colonial.

A pocos años de alcanzar el medio siglo de independencia, Cabo Verde se enfrenta a numerosos retos, entre los que destacan su fragilidad frente al cambio climático, su dependencia a causa de su insularidad y la desigualdad, todavía importante pese a haberse reducido. Debe también consensuar un modelo de turismo sostenible, que aporte riqueza sin deteriorar el ecosistema, como pone de manifiesto el libro coordinado por Arlinda Dias Rodrigues. Unos retos importantes, pero superables por unos caboverdianos que han dado muestra, a lo largo de más de cinco siglos, de su notable capacidad de superar las dificultades.

Jorge Barbosa, uno de los escritores que se reunieron en torno al movimiento cultural Claridade, incidía en un poema, espléndido, en que los primeros navegantes portugueses que llegaron a mediados del siglo XV a las costas de las islas del archipiélago que más tarde se conocería como Cabo Verde no encontraron a nadie. “Cuando el descubridor llegó a la primera isla / ni hombres desnudos / ni mujeres desnudas / acechando / inocentes y asustados / detrás de la vegetación”. Y, más adelante, en la cuarta estrofa, continúa: “Había solamente las aves de rapiña / de garras afiladas / las aves marítimas de vuelo largo / las aves cantoras / silbando inéditas melodías”.

Los navegantes, que surcaban los mares animados por el infante Enrique, responsable en gran parte del dominio marítimo que ejercían los portugueses, creían, efectivamente, que las islas se encontraban deshabitadas. No obstante, que en sus relatos escribieran que no se encontraron con nadie no significa que las islas no hubieran sido holladas por otras personas antes de su llegada. En la cartografía anterior a la primera llegada de los portugueses, ya aparecían unas islas situadas frente a las costas de

Senegal, como marca el historiador Jaime Cortesão, con el nombre "Gader" en un mapa y "Dos Ermanos" en otro. António Carreira sostiene que en la isla de Santiago se habían refugiado náufragos wolof y había sido frecuentada por otros pueblos, como los lebúes, procedentes del cercano Senegal. En todo caso, no hubo una voluntad de crear un asentamiento en las islas, quizás porque no se podía asegurar la autosuficiencia alimentaria.

Ante el rey Alfonso V, Vicente Dias se atribuyó el descubrimiento, en 1445, y Luís de Cadamosto lo hizo en 1456. No obstante, los documentos oficiales no les reconocen tal gesta y establecen que las islas orientales fueron descubiertas por el genovés Antonio da Noli en 1460 y las islas occidentales por Diogo Afonso en 1462. Este último había sido el descubridor de Madeira. Las islas orientales son: Santiago (bautizada como Sam Jacob en aquel momento), Fogo (Fillipe), Maio (Maiaes), Boa Vista (Sam Christovam) y Sal (Lhana). Las islas occidentales son: Santo Antão (Santo António), São Vicente (Sam Vicente), Santa Luzia (Santa Luzia), São Nicolau (Sam Nycollao) y Brava (Brava).

Alfonso V donó las islas a su hermano, el infante Fernando, que se comprometió a explorarlas, armar los barcos que debían llevar allí a los nuevos colonos y asegurar el sustento de los habitantes mediante la introducción de cultivos. Fernando pasó, por tanto, a ser el dueño de las islas; una responsabilidad que traspasó a algunos navegantes que habían participado en las primeras expediciones. Así, dividió la isla de Santiago en dos capitanías: la sur, con capital en Ribeira Grande, y la norte, con capital en Alcatraz. Al frente de las capitanías estaba el capitán donatario, cuya obligación era incentivar el poblamiento de la isla, distribuir las tierras entre los colonos, dictar justicia y cobrar los impuestos para el dueño. Era un cargo hereditario. La isla de Santiago se la repartieron Antonio da Noli, en el sur, y Diogo Afonso, en el norte. En las islas de Brava, Sal y Santa Luzia, el capitán donatario fue João Pereira mientras que en Santo Antão, fue Gonçalo de Sousa.

La donación del rey a su hermano Fernando estaba regulada por la Carta de los Privilegios, que le daba poderes en materia judicial y permitía a la población de Santiago dedicarse al comercio y tráfico de esclavos en Guinea, en una región que comprendía en aquel entonces desde el río Senegal a la actual Sierra Leona. La decisión marcará el futuro de las islas, convertidas en escala del tráfico negrero y en receptores de esclavos. Como sostiene Carreira, Cabo Verde será una sociedad esclavócrata basada, por tanto, en la explotación de los esclavos africanos.

Con los esclavos llegará también el mestizaje, un signo distintivo de la colonia y de la actual república. Como destaca Seibert: “Como resultado de su colonización por colonos europeos y esclavos africanos y el consiguiente mestizaje biológico y cultural entre los dos grupos, en Cabo Verde y São Tomé emergieron las primeras sociedades criollas en el mundo atlántico”.

Los recién llegados a la isla de Santiago, entre ellos Antonio da Noli y sus familiares, se instalan en Ribeira Grande, en la actualidad llamada Cidade Velha, que se convertirá en el primer asentamiento humano en Cabo Verde. Les acompañan unos cuantos portugueses procedentes del Algarve y el Alentejo. En la parte norte de Santiago se queda Diogo Afonso, en Alcatraz, una localidad que es abandonada tres siglos después, tras entrar en decadencia. Fogo será la segunda isla en ser poblada, a finales del siglo XV.

En las dos islas se recurrirá al trabajo de los esclavos, comprados y traídos de las costas guineanas, una mano de obra barata que se utilizará para la explotación de la caña de azúcar y el algodón en Santiago, y los frutales, así como del algodón y los viñedos en Fogo. En Boa Vista y Maio, se dedican al pastoreo del ganado propiedad de comerciantes de Santiago. Pero no todos los esclavos acaban en Cabo Verde: son vendidos también en otras posesiones portuguesas como Madeira, Lisboa y también en Sevilla y Cádiz. Posteriormente, los comerciantes optan por el mercado americano para cerrar un comercio triangular entre

África, donde se compran los esclavos; América (Cuba, Brasil, Santo Domingo, Antillas), donde los revenden a cambio de algunos productos; y Europa, que recibe estas mercancías.

No existen datos fiables acerca del número de esclavos que llegaron a Santiago y cuántos se quedaron allí. No obstante, el historiador Bentley Duncan asegura que en "el periodo de tres años, de 1513 a 1515, 29 barcos llevaron 2.966 esclavos para Santiago". La mayoría de estos eran reexportados hacia las Indias y las islas Canarias.

Patterson reproduce registros en los que la isla de Santiago cuenta en 1582 con 1.100 "blancos y mulatos", 400 "negros libres" y 10.700 esclavos y personas sin determinar, entre los que se debe contar a los niños. En Fogo había 200 "blancos y mulatos" y 2.000 "esclavos". La población estaba concentrada en las islas de Sotavento, sobre todo en Santiago, donde vivían las dos terceras partes.

La actividad económica de una sociedad estratificada, basada en el comercio y el uso de esclavos es amenazada periódicamente por las incursiones de los piratas holandeses, franceses e ingleses, que atacan las embarcaciones y saquean las localidades, confirmando la fragilidad de sus defensas. Ribeira Grande, la localidad con más actividad económica, que alberga la primera iglesia construida por los portugueses en África, Nuestra Señora del Rosario, sufre en 1495 los embates de los piratas en diversas ocasiones. Su fuerte de São Felipe es destruido en 1712, en el ataque de unos corsarios franceses encabezados por Jacques Cassard. Un fuerte que había sido levantado en 1587, para proteger la ciudad tras el asalto perpetrado por Francis Drake. En el ataque de 1712, Cassard lleva 12 barcos de guerra, cuyos piratas queman las casas y pillan todo lo que pueden sin apenas resistencia.

Ribeira Grande perdía fuelle en favor de la cercana Praia, más segura y saludable y dotada de un puerto muy activo, que en 1515 recibe, según los documentos, un primer cargamento de esclavos procedentes de Guinea. Praia, a poco más de 10 kilómetros de Ribeira Grande, había sido fundada por habitantes de esta ciudad

y de Alcatraz. La puntilla a la decadencia de Ribeira Grande llega con el ataque de Cassard; unos años después, en 1769, la capital de la colonia es transferida a Praia.

En el siglo XVIII, los puertos caboverdianos son escala habitual en el intenso tráfico entre Europa y América. En sus escalas, los barcos se aprovisionan de alimentos frescos para la travesía. No obstante, cada vez llegan menos barcos negreros, que muchas veces hacen la travesía directa entre las costas africanas y los mercados americanos sin pasar por Santiago. Y, desde finales de dicho siglo, los balleneros ingleses y estadounidenses encuentran todo lo que necesitan en los puertos de Brava, Fogo y São Nicolau: comida y también tripulantes para sustituir a los enfermos.

Enrolarse en un ballenero es a lo que aspiran la mayoría de los hombres de Brava, una pequeña isla habitada en parte por descendientes de las familias huidas de Fogo en la erupción del volcán en 1680. En Brava se enrolan en los balleneros para huir de las hambrunas, la falta de trabajo o el alistamiento en el servicio militar colonial. Muchos no volverán porque se establecerán en New Bedford, en el estado de Massachusetts, donde serán conocidos como "bravas", al ser gran parte de los caboverdianos originarios de dicha isla. Las relaciones entre Estados Unidos y Brava llegarán a ser tan intensas que en 1816 se instala a un vicecónsul en la isla.

El auge de los balleneros es paralelo al declive del comercio de esclavos, perseguido por los británicos desde que fue abolido por su Parlamento en 1833 mediante la Slavery Abolition Act. Presionada por Londres, Lisboa decretará tres años después, en una medida tomada por su secretario de Asuntos Exteriores, Sá da Bandeira, el comercio de esclavos en sus colonias. No obstante, en Portugal la prohibición de la esclavitud no llegará hasta 1869.

A finales del siglo XIX, Cabo Verde ya no es una sociedad esclavócrata como antaño, pero sí clasista, en la que los grandes propietarios agrícolas y los comerciantes, en su mayoría blancos, continúan monopolizando el poder. Poseen *sobrados* (casas coloniales) y exhiben sus riquezas. Los mulatos son una clase intermedia,

sobre todo en Fogo y Santiago, una mano de obra cualificada al servicio de los blancos. En la escala social, los negros ocupan el lugar inferior: son trabajadores agrícolas, pescadores o trabajan en el servicio doméstico en los *sobrados*.

Se cultiva café, introducido primero en São Vicente en 1790 y después en Fogo, Santiago y São Nicolau, con grandes plantaciones, y se explota la sal en las islas de Sal, Maio y Boa Vista. Los esclavos llegan condenados de la metrópoli, Madeira y Azores, deportados por las autoridades portuguesas. Entre 1802 a 1882, fueron deportados a Cabo Verde 2.433 condenados, de los cuales 81 eran mujeres.

Los balleneros dejan de hacer escala en los puertos cabo-verdianos a finales del siglo XIX porque el aceite de ballena es sustituido por el petróleo en el alumbrado público de las grandes ciudades estadounidenses y europeas. En parte, la ausencia de balleneros es compensada por la actividad que genera el puerto de Mindelo, en el que los barcos en su ruta a Brasil hacen escala para aprovisionarse de carbón, vendido por compañías inglesas, y alimentos. En 1874, se instala el primer telégrafo. Mindelo rebosa vida: atrae personas de otras islas, sobre todo de Santo Antão y São Nicolau, y comerciantes portugueses, italianos e ingleses.

Cabo Verde entra en el siglo XX en crisis: los cultivos de algodón ya no son rentables por la competencia de las plantaciones del África occidental francesa, ha bajado el tránsito de barcos por la apertura del canal de Suez y la competencia de los puertos canarios y de Dakar, se exporta menos sal y las tinturas sintéticas han acabado con el valor del líquen (*urzella*). Las sequías y hambrunas diezman las islas y obligan a elegir el camino de la emigración, aprovechando las redes familiares que se han formado sobre todo en Boston, donde vive la comunidad más importante. Aquellos que no pueden emigrar deben aceptar el ignominioso *contrato* para ir a trabajar a las plantaciones de cacao de Santo Tomé y Príncipe, el principal productor mundial antes de la Primera Guerra Mundial. Este cultivo había sido introducido por los colonos portugueses en

1820. El *contrato* era tan leonino que suponía, en la práctica, no regresar de unas *roças* (fincas) en las que las "condiciones de vida y trabajo se asemejaban a las de la esclavitud", según Seibert. Entre 1900 y 1922, 23.975 caboverdianos irán con *contrato* a Santo Tomé y Príncipe.

El no regreso, la nostalgia por la tierra y la gente que se dejan al partir (*sodade*), la sequía, el hambre y la dureza de la vida cotidiana serán temas recurrentes en las obras de unos literatos de alcance local en cuanto a difusión, pero universales por la solidez de su creación. Destacan Manuel Lopes, Baltasar Lopes da Silva y Jorge Barbosa, impulsores de la revista *Claridade*, cuyo primer número se publica en Mindelo en 1936, el mismo año que se construye Tarrafal, en Chão Bom, en el norte de la isla de Santiago, un campo de concentración para los presos políticos de la dictadura del Estado Novo. En Portugal, la Primera República, constituida el 5 de octubre de 1910 tras el fin de la monarquía, sucumbe ante el golpe nacionalista del 28 de mayo de 1926. Da paso al Estado Novo, el régimen encabezado por el economista António de Oliveira Salazar, que restringe las libertades y se alinea con el fascismo emergente en Italia, el nazismo y el nacionalcatolicismo del general Francisco Franco, que triunfa militarmente en España en 1939.

A pesar de publicar solamente nueve números, en dos etapas (1936-1937) y (1947-1960), la revista *Claridade* representó el “mayor acontecimiento de toda la historia literaria y cultural de Cabo Verde” (Miranda Alfama). Impulsada por tres grandes escritores, Manuel Lopes, Baltasar Lopes da Silva y Jorge Barbosa, la revista, publicada en Mindelo, se convirtió también en una referencia en el mundo cultural de las colonias africanas bajo soberanía portuguesa.

Los *claridosos*, los escritores que forman parte del movimiento en torno a la revista *Claridade*, reconocen la influencia de Eugénio de Paula Tavares, un autodidacta nacido en la isla de Brava en 1867, autor prolífico que valoriza la lengua criolla, menospreciada por unas elites que la califican de “portugués mal hablado”. Adelantado a su tiempo por su sensibilidad social, exiliado unos años en Estados Unidos, se enorgullece del criollo y al mismo tiempo compone *mornas* de gran belleza. En la generación *claridosa*, además de los fundadores de la revista, destacan otros como Gabriel Mariano y João Lopes.

Como dejaba bien claro su nombre, *Claridade. Revista de Arte e Letras*, en la publicación cabía una variada producción artística,

desde poesía y relatos hasta crítica literaria, e incluso la música y los estudios etnográficos. Era, por tanto, una revista abierta, sin límite en los géneros, en la que publicaron gran parte de los creadores caboverdianos de la época, colaboradores que fueron conocidos como *claridosos*. Por ello, existe una generación de *claridosos*, de escritores que hicieron suyo el espíritu de la revista: superar el romanticismo portugués mediante el neorrealismo, en el que se reivindica el criollo como pilar fundamental de la identidad caboverdiana. Se trataba, por tanto, de apartarse del canon portugués para reflejar la realidad cultural y social del archipiélago, aceptando la influencia del realismo del noreste brasileño, como reconocía Baltasar Lopes.

No obstante, en *Claridade* no se reivindicaba la independencia, ni el criollo como una lengua nacional. Eso vino después, con el movimiento anticolonial, representado por Amílcar Cabral y una generación de intelectuales militantes que interpretan la sociedad mediante el marxismo. Para los *claridosos*, el criollo es una variante dialectal del portugués metropolitano y Cabo Verde, una región de Portugal.

Que no discutieran la soberanía portuguesa no significa que aceptaran a un Estado Novo opresor. En *Claridade* publican escritores, como los tres citados anteriormente y otros como Gabriel Mariano y João Lopes, que denuncian el abandono de las islas por parte de las autoridades, en especial ante las hambrunas, y el efecto más traumático de la falta de trabajo y oportunidades: la emigración masiva.

En el intervalo de los dos periodos de *Claridade*, de 1937 a 1947, se publican dos números en 1944 de otra revista, *Certeza*, fundada por Nuno Miranda y Arnaldo França, entre otros. Russell G. Hamilton (1975) destaca que fue más cosmopolita que *Claridade*, abierta a las influencias europeas, en parte por el momento histórico y el papel en el proyecto del escritor portugués Manuel Ferreira. Mientras al grupo de *Claridade* le afectó la guerra civil española (1936-39), provocada por el levantamiento del general Franco contra la República, a los de *Certeza* les afectó la Segunda

Guerra Mundial, con una Europa dividida y un nazismo en expansión.

La eclosión de ambas revistas refleja la vitalidad cultural de una parte de la sociedad caboverdiana. En su origen se encuentran autodidactas como Tavares, pero también el Seminario Liceo de São Nicolau, abierto por los franciscanos portugueses a finales del siglo XIX. El seminario, que impartirá educación superior, será una referencia en África occidental hasta su cierre en 1918. En Mindelo, la ciudad más cosmopolita por el trasiego del puerto, el Liceo Nacional, abierto en 1921, formará a los hijos de las elites caboverdianas: de comerciantes, grandes propietarios y funcionarios. Uno de los alumnos más aventajados será Amílcar Cabral.

Aunque reivindica lo criollo, la generación de *Claridade* no cuestiona la pertenencia de Cabo Verde al mundo lusófono. La siguiente, de la que forman parte Amílcar Cabral, Aristides Pereira, Pedro Pires, Abílio Duarte, Dulce Almada y el poeta Corsino Fortes, entre otros, sí que la rechazan. Tal como destaca Lobban Jr., no aceptan que mientras la mayoría de los países africanos quiere ser descolonizada, Cabo Verde quiera ser una colonia.